

**EN LA MARISMA**

**Manuel Moreno Barranco**

**Madrid, Diciembre 1958**

## EN LA MARISMA

**Manuel Moreno Barranco**

Me tendí junto a los juncos de la acequia. Mi caballo temblaba a mi lado de sudor, de fatiga. Si sigo diez minutos más dándole ese tren, lo reviento, resoplaba como un condenado y tenía los ojos inyectados y viscosos. Se había tumbado con los belfos abiertos llenos de espuma blancuzca. Desde el mediodía llevaba un trote pesado, que el sol acansinaba más. Ni una pizca de viento consolaba. La noche seguía tan seca como el día.

Lucero se levantó cuando hubo descansado un poco y metió los belfos en el agua de la acequia.

Yo no bebí, aunque estaba seco. No bebería hasta cumplir al asunto. Enfundada en el arzón, llevaba la escopeta. Con dos balas, una en cada cañón. Lucero, con el morro, olisqueó el arma. Las patas todavía le temblaban, pero se me quedó mirando.

Le pasé la mano por el cuello sudoroso. Me la puso húmeda como una escarcha tibia que le naciera de las crines.

Salté a las horcajadas. Le temblaron las patas unos momentos. Luego se afirmó sobre los cascos y sus ojos de mulo debieron ser tan duros y brillantes como una esquirla de basalto.

Íbamos a cumplir lo que debía hacerse. No hay dentro de mi corazón odio, ni temor, ni esperanza, ni luz. Sólo la dulzura de los labios de un muerto. En mi escopeta, dos balas atacadas con pólvora muy seca.

El campo está lleno de jarales y huele a tomillo. Cuando llego a la orilla del Cortado, saco la escopeta para que no se moje su pólvora muy seca. Hay que ser previsor, porque si no, todo se vendrá abajo.

Lucero es valiente para el agua. Sólo tiene miedo a los fantasmas y esta noche no vamos persiguiendo ningún fantasma.

En cuanto entra, el agua le moja la barriga. También me ha llegado a mí. Me he mojado las botas, justo hasta media pierna. El agua es maravillosa. Nos ha refrescado a

los dos, poniéndonos como nuevos. Parece querer protegerme en lo que voy a hacer. ¡Alabado sea el Señor!

Cuando salimos a tierra, Lucero va tranquilo. No le doy con la espuela, porque ya no tengo prisa. Cuando era de día, tenía miedo de que él se marchara, huyendo más lejos. Pero cuando ha oscurecido, ya puedo ir despacio. Estoy seguro de que “él” está en los Candeles.

Quizá me espere, porque no me conoce bien. Me alegra que así sea. Cuando he ido por el jabalí, lo he echado siempre por delante, dándole la suerte debida. Cuando he ido por el ciervo, le he avisado para que la caza no sea un juego de niños, sino una lucha en la que cada uno tenga sus propias armas. Esas cosas están bien. Hay que seguir siempre las reglas.

Yo soy pacífico como una lechal. No me gusta meterme con nadie, porque nada se gana. Tampoco me gusta que se metan conmigo ni con los míos, porque no me gusta. Andalucía es una tierra tranquila, hasta que se enciende. Entonces hay que consumirse.

Yo lo apreciaba a él hasta este mediodía, recién terminada de comer la meollada. Cada uno hemos venido de un pueblo distinto hace tres años. Él solo, yo con mi hermana. Aquí nos hemos encontrado. El es alto y serio como un árbol funeral. Desde siempre. Cabal en el trabajo. Poco hablador. Somos dos buenos jornaleros. El amo nos mira bien. Mañana sólo me mirará a mí.

Pero María se ha metido en el camino. Mi hermana no quería nada con él. Y a él, siempre serio y profundo como un árbol viejo, se le pusieron último los ojos como dos alacranes encerrados entre jaulas.

Ha sido el mozo cabrón. Cuando un hombre se le atraviesa a una mujer, así sea desnudo de mal y reluzca como un arado nuevo, ya puede despedirse de buen destino. Él se enciende la sangre y se reconcome, le baila en las venas un tétano maligno y ella, como si nada. Una mujer entera como mi hermana, no se alegra. Hay las otras, las que bailan a gusto y arden a los mozos en la romería. Todo lo que les entre por los senos lo llevan bien merecido. Por la sangre maligna que les bulle. Pero mi hermana, no.

Él acechó anoche a María cuando iba a la segueta. Aquello está tan solitario siempre, que de vez en cuando se cuaja de mozos y mozas resoplando amor entre la paja. ¡Loco debía estar! ¡Y anoche no había nadie, por Cristo! Ella gritó y nadie supo nada. Quedó tirada sobre el heno. Él, como un palomo de hurto, se fue a la soledad de los Plintos, a bellaquear con los pastores. Malos gusanos se lo comerán mañana.

Yo volví este mediodía del Olivejo, donde llevaba una semana mercando toros en el cerrado. Lucero y yo estábamos contentos porque se había hecho una buena faena. Yo, cuando llegué, reía satisfecho.

Pero María no se ríe. Cuando me acomodé, aguardó la indina a que comiera para que no me faltaran fuerzas. Luego me llevó detrás del Palomarejo y lo contó. ¡Cuernos

con las entrañas que me puso! ¡Y ella llevaba unos ojos! No los he visto nunca parecidos. Afilados como navajas cachicuernas. Está podrida por dentro. Cuando una mujer no llora ni grita, sino sólo habla, tranquila como una oveja, pero con los ojos de loba, hay que arrojarse. Y él la paga. No se escapa en cien campos que atraviese. La prenda es su navaja de dos filos.

Todavía queda largo hasta los Plintos. Se secarán el caballo y las botas y volverá todo a achicharrarse, como si fuera mediodía. ¡Qué noche tan clara! Me conviene para el asunto. Hay azogue en el acero de la luna. ¡Qué ardor! La noche respira, la siento respirar como si fuera un corazón de toro. Y el día ha sido caliente. El fundido de una salamandra puesta en su elemento. Tiene que resultar un amanecer manchado con sangre.

Es malo querer y que no le quieran a uno. Pero él no ha respetado nada. Ha ido a ella peor que el macho a la yegua recelosa. Buscándole las vueltas. Con el corazón tiznado de veneno. Y se la ha llevado como un zurito ladrón.

De lo mío no quiero acordarme. Ni de lo que hubiera pasado si no se mete aquel garañón de por medio.

Yo quise una vez a una mujer, y pasó. Un caballo le destrozó la garganta y yo lo barrené en un decir Jesús. El animal era bonito. Ella era tal una yegua romana.

La tarascada de aquel macho me salvó a mí. Porque aquella moza era de las derechas. No se entretenía conmigo ni me miraba de frente ni de lado. Lo sentí. Pero no sé lo que hubiera pasado. Malos nublos se me entraban por los ojos cada vez que la veía. Y ella nunca. Siempre derecha hasta que el garañón le pisó el cuello, que era suave como la dalia.

¿Qué me entró entonces? ¿Cuándo la vi tendida? La abracé y se me quedaron los labios cerca de la abierta acequia del cuello. La sangre se me quedó en las venas como se queda la savia de los inviernos en el cuerpo de las plantas. Luego, se me reavivó con la muerte del animal. El marrajo buscaba la querencia del establo, pero yo no lo dejé llegar. Monté a su lomo y con esta misma escopeta colgada del arzón, me lo llevé distante, diez kilómetros subida la distancia del Olivejo. Allí acabé con él. No quise que lo comieran los cuervos. Lo enterré en la misma entraña del llano, junto a un peñasco donde el sol aploma a mediodía con más fuerza. Habrá sido para las hienas.

Respiré tranquilo, aunque tenía la sangre negra. Cuando un hombre quiere sin esperanza, es peor que un venado perseguido por una jauría de perros. Hiere para defenderse del amor, que es para él un perro sin entrañas. Aquello se me quedó muy adentro y de vez en cuando me pone el ánimo de mala ley, pero ya va pasando, porque no podemos vivir siempre con los muertos. La vida arrastra con la fuerza de cien bueyes y hay que vivir metido en la corriente.

Ahora voy empujado por ella. Los cascos de Lucero suenan suaves sobre la tierra enfangada de la marisma. Hay charquitos relucientes en todo lo que alcanza la

vista. Y ni un alma. Pero no hay pérdida para llegar a los Candeles, ya dentro de los Plintos. Después de la mano extendida y pegajosa del llano, los montículos del Herral. Detrás, los Candeles.

Ya noto el olor a animales. Se va acabando la marisma y el viento se me echa por la nariz y me llena del olor a cabras y carneros machos. Sus cuerpos se aborregan sobre el campo caliente y seco.

Grito. Sé que mi grito no será oído más que por los animales: Pero esto me guiará. En cuanto sienten algo se arraciman del lado de los hombres. Así sé dónde están ellos, dónde está “él”.

Mi caballo ha levantado sus orejas, como un once vivo dispuesto a saltar. Sus cascos enfangados se llenan de la seca tierra, agotada ya de pastos. Las masas oscuras de los animales se van replegando con lentitud, bajo la calma de óxido del cielo. Van quedando a los lados de un animal.

Ya rebaso un montículo y a seguido, el otro. Mi caballo asciende penoso por la loma, luego baja despacio, agachando las patas traseras y llevando las delanteras tiasas como varas de carro.

Más animales que se van apartando a nuestro paso. Hasta llegar a Los Candeles, sitio de reunión de los pastores, hay un pedregal. El terreno se ha vuelto aristado como un diamante y los cascos resuenan duros como un pedernal. Buena piedra para cubrir a un muerto. Pero ya no tendré necesidad de rebasar más. Antes está lo que busco.

Tendidos en el cielo, bajo unos árboles secos, hay unos bultos. Sobre mantas, ojicielos, están los pastores. Se apagó hace mucho el fuego de la cena. Pero no todos duermen. Un hombre está sentado sobre una piedra. Es “él”. Yo lo veo bien, porque la noche está clara como un agua. Es “él”.

Lucero sigue andando. Estamos a cincuenta pasos. Yo acaricio la culata de la escopeta, desabrocho la funda muy despacio y la saco; enalzándola sobre la silla.

El se pone de pie y me mira. Luego mira al cielo. El yo sabemos que no hay solución.

Ha avanzado unos pasos y se ha parado. Los pastores siguen dormidos. Se ha quitado el sombrero y yo lo tengo que matar.

Se ha parado a veinte pasos de mí, cruzándose de brazos. Tiene el bigote endrinado y los ojos, levantados, miran por encima de mi cabeza. Simplemente, espera.

Yo no me he bajado siquiera del caballo. Me he echado la escopeta a la cara y he apuntado en mitad del pecho, debajo de la cara. Está tranquila y pálida como la cal.

Tengo mi dedo sobre el gatillo y mis ojos sobre el punto de mira. Espero. No sé qué. Quizá que él se vuelva, que grite o que corra.

Pero nada de esto sucede. La boca me tiembla, llena de esparto, pero mis manos, separadas de mi cuerpo, están como un clavo. Una nube espesa me va cubriendo los ojos. Disparo.

El tiro ha sonado seco en la marisma. Una débil humareda sale del cañón de la escopeta. Espoleo a mi caballo, haciéndolo avanzar.

Lucero ni siquiera se ha estremecido, quizá porque él ha sentido esto desde siempre. Sus patas avanzan lentas hacia el cuerpo tendido en la tierra.

Los cascos han brillado unos segundos junto a la cara del muerto. La luna, mansa, le acaricia el rostro.

Yo lo miro desde arriba. Luego me bajo, acercándome. Saco de su cintura su navaja de dos filos y me la guardo, volviendo a montar.

Ya en la silla, le dirijo mi última mirada.

Luego cruzo la escopeta sobre el arzón y dando media vuelta a mi caballo, me alejo en dirección a la marisma.

Madrid, Diciembre 1958

Enviado a "Sur"  
Buenos Aires el 15-8-1959  
Manuel Moreno Barranco  
Hôtel Varlin  
12 Rue Eugène Varlin  
PARIS X

<http://manuelmoreno.info/>